

## Capítulo VIII.

### Las Bibliotecas.

Concedamos sus seductores atractivos á la erudición. Es preferible el talento de invención, pero admiramos á los que han aprovechado su buena memoria, envidiamos su instrucción y procuramos conseguirla. Es natural la tendencia á saber, la curiosidad de llegar á donde otros han llegado.

Los primeros trabajos rigurosamente científicos debieron ser de observación y reflexión. En seguida <sup>se fueron</sup> disponiendo y encadenando para darles cuerpo. Ni la ciencia que el individuo adquiere, ni el gran conjunto de los humanos conocimientos, prescinden de los anteriores conocimientos anteriores: en los usos

los encontramos ó elementos que aprovechar ó quizá obstáculos que remover. Muchos hombres en los pasados tiempos nos legaron sublimes monumentos de ciencia porque, incansables se proponían ante todo, cultivar el propio talento por medio de paciente lectura, emprendían largos y penosos viajes, escuchaban á los más acreditados maestros y ya que se habían asimilado los ajenos conocimientos, venía la meditación, y juzgaban y acrecentaban de propia cuenta la herencia de sus mayores.

Las universidades parecen que entre otras causas obedecen á un anhelo de extender la mirada á todos los conocimientos, reuniendo como en un foco los vivos destellos de la inteligencia.

Las universidades mismas, los conventos, las ciudades, los opulentos particulares, los palacios de los soberanos tenían

seguramente sus bibliotecas aún antes de la invención de la imprenta, pero lo costoso de los libros las hacía pocas en número y no muy surtidas de volúmenes. Parece que por estas dificultades no nos quedan más que fragmentos de casi todas las obras voluminosas de la antigüedad. Es natural tenían aquellas obras, parte de mérito universalmente reconocido.

Las obras más asequibles y estimadas según el gusto dominante de cada época; los libros que por tradición iban conservando la buena fama, no siempre bien justificada, eran los que con más ahínco se buscaban y los que con mejor éxito se copiaban.

Las comunidades religiosas encastilladas en sus monasterios o fortalezas en que se ocultaba la virtud y á donde iba á refugiarse el sincero amor á las letras, con-

taban con tranquilidad y tiempo y sus individuos alejados por completo del bullicio del mundo, sin cuidados de familia, sólo para huir el vicio que es la fuente y raíz de todos los males, para enseñar á los novicios para tener el mérito de la obediencia se inclinaban, durante horas enteras sobre los carcomidos, polvorientos y ennegrecidos manuscritos, adivinando caracteres medio borrados, buscando frases enteras perdidas ó por las manchas de la humedad, ó por los destrozos de la carcoma; cotejando unos codices con otros, unos puntos con otros del mismo manuscrito, para corregir y depurar los textos y luego formar copias exactas de los libros más antiguos y más raros y adornando algunas veces las letras con primorosos ~~ma~~ dibujitos y esos volúmenes aumentaban la biblioteca del convento.

La invención de la imprenta

ta que venia á multiplicar los ejemplares de las obras poniéndolos por el número y por el precio al alcance de mayor número de personas: el grande amor que cundió en Europa hacia la sabia antigüedad y que recibió el nombre de renacimiento de las letras ó renacimiento del gusto, fueron en parte efecto y en parte causa del deseo de erudición.

Pero ya no hablemos de generalidades y concretémonos á lo que de cerca nos toca.

Es creíble que los primeros religiosos

Es creíble que los primeros religiosos hayan cuidado de modo especialísimo de los escasos libros que trajeron según sus aficiones y más que todo según sus necesidades. El cuidado debe haber sido mayor antes de la introducción y del trabajo regular de la imprenta pues palpaban la dificultad que habia de comunicarse con

sus hermanos de Europa.

Hemos visto ya, que el P. de la Vera Cruz, según afirma el P. Basalengué, trajo en su segunda venida, año de 1573 más de sesenta cajones de libros por lo cual es probable que la primera biblioteca más numerosa de la entonces Nueva España haya sido la de los padres Agustinos.

Una de las mejores bibliotecas fue la de la Universidad. Se fundó en 1760. (1) En 1775 pudo decir el prologuista de las constituciones: "es ya depósito de los más exquisitos monumentos de la antigüedad mexicana, que se hallaban en el Real Palacio, y de orden del Exmo. Señor Raylió D. Fr. Antonio María Bucarri y Uribe, Virrey actual de esta Nueva España, se pasaron á esta Biblioteca, como á lugar más oportuno para el uso de

último Sr. Vera. Catecismo etc. que en otro lugar hemos citado.

sus noticias. *Siven de alma,* aunque no proporcionada á tanto cuerpo, mil quinientos setenta y seis Autores, con tres mil cuatrocientos y diez volúmenes de todas facultades, y algunos instrumentos matemáticos y quirúrgicos." (1)

El Diccionario de Historia y Geografía, en un artículo firmado por D. Manuel Orozco y Berra, hace mención de la biblioteca de la Universidad Catedral, que, como pública se instaló en 1788 y llegó á contar con "12,295 volúmenes y 131 manuscritos". Recuerda igualmente la de S. Ildefonso que poseía 6,000 volúmenes; la de S. Gregorio 5,461 y la de S. Juan de Letrán 12,161." (2)

En casi todos los conventos se veía un departamento con el nombre de biblioteca donde había regular número de li-

(1). Prologo á las Constituciones.

(2). Diccionario de Hist. y Geogr.

bros y manuscritos. Nada diré de los colegios que tenían su biblioteca para las obras de consulta. Los particulares afectos al estudio, formaban según sus proporciones pecuniarias, sus bibliotecas.

La mayor parte de los libros debía corresponder á las exigencias de las carreras. Versaban esas obras sobre humanidades, y ciencias eclesiásticas y de derecho. Bien representadas estaban allí las teologías dogmática y moral, la *Sta. Escritura*, *Stos. Padres*, comentaristas antiguos y modernos; la filosofía escolástica, el derecho eclesiástico y civil y las lenguas sabias. De esto puede dar testimonio la Biblioteca Nacional formada en buena parte con los despojos de las <sup>que trahían en</sup> los conventos. Hemos oído decir que de las obras de Virgilio hay una colección muy estimable: por lo demás, es natural que haya muchas obras repetidas.